RALEIGH

POR

ERNESTO CARDENAL

A L este del Perú, hacia el mar, en la línea del Equinoccio
sobre un lago blanco, de sal, de doscientas leguas de largo
está Manoa,
Manoa, mansión del sol, espejo de la luna,
Manoa que Juan Martín había visto un día
cuando le quitaron ante ella la venda al mediodía
y anduvo todo ese día hasta la noche por en medio de la
ciudad.
Y yo sabía de ella desde hacía tiempo por relatos
cómo riela de noche en el lago como luna
y el resplandor del oro al mediodía.
Todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro,
dice Gomara
y hallaron cinquenta y dos mil marcos de buena plata

y un millón y trezientos y veinte y seys mil y quinientos
pesos de oro,
dice del tesoro de Atahualpa en el Cuzco,
que hallaron cinquenta y dos mil marcos de buena plata
y un millón y trezientos y veinte y seys mil y quinientos
pesos de oro.
¡Porque dijeron que las piedras que trajimos no eran oro!
Y yo conversaba con los caciques en sus casas
y daba vino en Trinidad a los españoles para que hablaran.
Y yo supe todos los ríos y los reinos:
desde la frontera del Perú hasta el Mar del Este,
desde el Orinoco hacia el sur hasta el Amazonas
y la región de María Tamball,
todos los reinos.
Y la vida que ellos hacen y sus costumbres,
sus ciudades sonoras llenas de traficantes y de intér-
pretes—
Orenqueponi, Taparimaca, Winicapora.
Los príncipes celebrando pactos bajo los árboles;
los caciques que dan una piedra pálida a sus esposas,
una piedra enferma, de brillo verde y que da sueño

... los Sin Cabeza..

... y al sur los Amazones.

y a lo lejos, las colinas de color de oro y plata,
los nómadas en los montes,
los ondulantes campos cuadriculados,
los pequeños ríos como reptiles allá abajo,
las canoas y cantos de los que vuelven
y el humo pajizo de los pueblos y el olor de cazabe:
como si todo lo estuviera viendo, oyendo de lejos.
Los indios de las costas, los de las islas, los Caníbales,
Caníbales de Guanipe,
los indios llamados Assawai, Coaca, Aiai,
los Tuitas sobre los árboles, los Sin Cabeza
y al norte del Orinoco los Wikiri
y al sur de la boca del Orinoco los Arwaca
y más allá los Caníbales
y al sur los Amazones.
Y entramos en Abril
cuando las reinas del Amazonas se juntan en las márgenes
y danzan desnudas y untadas de bálsamo y oro
hasta el fin de esa luna—
¡Y esperando llegar a Manoa a la hora de la ofrenda
con el pueblo aplaudiendo y el sol sobre el lago!
Entramos en Abril

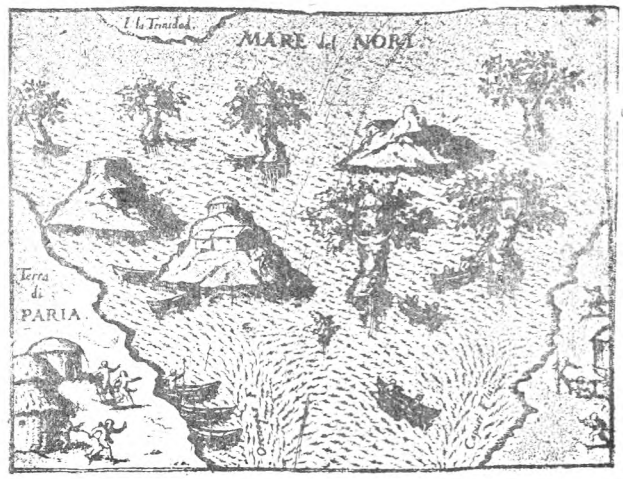
los barcos muy lejos de nosotros anclados en el mar
a la aventura—
100 hombres con sus balsas y sus provisiones para un mes
durmiendo bajo la lluvia
y el mal tiempo y al aire libre y bajo el sol ardiente
y las plantas pegadas en la piel y las ropas mojadas
y el sudor de tantos hombres juntos y el calor del sol—
y yo que me acordaba de la Corte—
y una tristeza que al oscurecer iba subiendo y el zumbido
de los pantanos
y oíamos llorar de miedo los monos en la noche,
el grito de un animal asustado por otro
y el rumor de unos remos,
el roce de unas hojas en el río,
el paso de pezuñas suaves sobre hojas.
Voces: la tristeza de esas voces...
No existe en Inglaterra prisión tan solitaria.

Y el pan ya muy poco. Y nada de agua.

Las noches en lechos colgantes bajo el cielo del Brasil—
esa clase de camas que ellos llaman «hamacas»—
oyendo la corriente roncando en la oscuridad
y el tambor de tribu a tribu sobre los montes
y el rumor del agua subiendo.

Sin pan. Sin agua.
Los oídos aturdidos de silencio.
Los árboles tan altos que no sentíamos aire.
Y el rumor del agua subiendo.

Sin pan. Sin agua.
Sino tan sólo el agua gruesa y turbada del río.
Y hay un río rojo y con flujo que cuando el sol se pone es
venenoso
y se le oye quejarse mientras no hay sol y está enfermo.
Y unas lagunas negras y espesas, como brea...
Y el calor al acercarnos a la Línea.



... y llegamos de noche a una bahía en que el río se abre en tres brazos...

Y el olor a hoja mojada y el sabor del cansancio.
Y de raudal en raudal, de cascada en cascada
la risa al anochecer de la virgen verde del río
y el choque del agua con el agua.

Y el aire desfallecido. Y la selva, solitaria...

La compañía comenzando a desesperarse.
¡Y a un día de la tierra donde se obtiene todo lo que se quiere!
Y en las riberas, flores y frutas maduras y verdes.
Y unos pájaros verdes—
largo tiempo nos divertíamos viéndolos pasar—
Y frutas de pan y monos y el pájaro Campana
y un aroma dulce de bálsamo y cinamomo
y la cera que derramaba el árbol Karamana
y el sudor de las selvas de sándalo y alcanfor:
los árboles manaban leche y miel,
manaban ámbar y gomas aromáticas—
y una fruta que estallaba con estrépito—
desde lejos se oía de noche reventando.

Y hojas del tamaño de canoas caían sobre el río.

Y vimos la Montaña de Cristal, la vimos lejos,
levantada sobre el horizonte como una iglesia de plata
y un río caía de su cima con el clamor de mil campanas.
Y las hijas del Orinoco riendo entre los árboles...
Y cascadas que de lejos brillaban como ciudades,
como el humo que se alzara de un gran pueblo
y el retumbo y los truenos y el rebotar de las aguas.
Y yo no vi nunca una tierra mejor:
los verdes valles vacíos,
los pájaros cantando contra la tarde en cada árbol,
los ciervos que venían mansos al agua como al silbo de un amo
y el aire fresco del este
y el brillo de las piedras bajo el sol.

15 días después divisamos con gran júbilo Guayana
y una fuerte ráfaga de viento sopló del norte esa tarde
y llegamos de noche a una bahía en que el río se abre en tres brazos
y anclamos esa noche bajo las estrellas sintiendo el aroma de Guayana.
¡La cercanía de la tierra de Guayana!
Pero entonces fué que regresamos hacia el este
por las lluvias que eran muchas y los ríos inundados y el fango
dejando atrás Guayana con su Espada de Fuego,
dejando Guayana al sol a quien adora.
Y entramos otra vez al mar melancólicos...

Ernesto Cardenal.
GRANADA (Nicaragua).